

El tan temido 2009

Guillermo Oliveto
Para LA NACION

Noticias de [Opinión](#): anterior | siguiente

Miércoles 28 de enero de 2009 | **Publicado en edición impresa**

A pesar de intentarlo, aún no logro encontrar en mi memoria un año que haya tenido vaticinios tan negativos como el que acabamos de comenzar. Frases como "Aún no llegó lo peor" o "Todavía no hemos visto nada" son apenas una muestra de lo que ya se ha transformado en una especie de arrullo de fondo que, en lugar de hacernos dormir, nos tiene sobresaltados e insomnes.

Hasta el mismísimo Barack Obama, abanderado número uno de la esperanza, ha tomado sus recaudos. Una vez elegido y antes de asumir, dijo: "Salir de la crisis llevará años" y, además, que "las cosas, antes de mejorar, empeorarán". De todas maneras, fiel a su estilo y a las convicciones que lo llevaron a la presidencia, le pidió al pueblo estadounidense que tuviera fe "porque las soluciones estaban en camino", al mismo tiempo que presionó a los legisladores para que aprobaran a la brevedad sus gigantescos planes de estímulo de la economía.

El presente se resignifica cuando se transforma en pasado. La posibilidad de la perspectiva siempre amplifica la mirada y permite justipreciar más adecuadamente los hechos acontecidos. Por el contrario, del futuro vaticinado son muy pocos los que se ocupan. El tiempo pronosticado pierde relevancia y atención cuando deja el espacio de la presunción para fundirse, y confundirse, con el natural flujo del tiempo ocurrido. Su memoria es consumida por la voracidad del presente. ¿Quién tiene demasiado interés en ocuparse de lo que se suponía que iba a pasar cuando las cosas finalmente suceden? Esa tarea queda reservada para algunos analistas y periodistas, y para aquellos que han acertado algunos de los pronósticos y reclaman su lógico reconocimiento. Por lo demás, la gente común está mucho más ocupada en sortear los obstáculos que la vida diaria le va poniendo en el camino, previstos o no.

Sin embargo, no por efímero o por fácil presa del olvido, el futuro vaticinado carece de poder. Todo lo contrario. Es en nuestra incapacidad o falta de voluntad para someterlo a juicio; para contrastarlo con los hechos; para comprobar su eficacia o computar y comparar sus aciertos y sus errores - algunos de ellos, de grueso calibre- donde radica su poder; un poder que crece junto con los medios que permiten difundirlo. Como nunca, la infraestructura disponible en este siglo XXI nos ha dado las herramientas para dar a luz lo que el sociólogo alemán Ulrich Beck, experto en globalización, ha denominado "la sociedad del riesgo mundial". Lo que analiza y define Beck es, justamente, el enorme poder que tiene sobre nosotros ese "futuro vaticinado", ahora que podemos mirar más lejos que nunca, mejor que nunca, y transmitirlo en cuestión de segundos a una gran parte de los habitantes del planeta.

Desde sus orígenes, el hombre le temió al futuro. Lo "in-cierto", lo "in-esperado", era algo que, naturalmente, le infligía "in-estabilidad". Y por eso luchó durante milenios, para poder acotar ese "margen de error" que tenía su existencia. Dominar la naturaleza fue la obsesión que sustentó la vocación de progreso. Nuestros sueños científicos y tecnológicos eran también una manera de acotar el espacio de tantas pesadillas.

Vaya paradoja. Tanto ha sido nuestro avance y nuestro progreso, que hoy, con todos nuestros instrumentos de alta precisión, tenemos la capacidad de predecir, como nunca antes, lo que puede suceder. Y la imagen que nos trae, ya no el primitivo telescopio de Galileo, sino los softwares de última generación, los múltiples escenarios, y la cantidad prácticamente infinita de índices y *ratios*, es definitivamente aterradora. Vivimos en una nueva configuración del orden mundial - o bien podría decirse del "des-orden" mundial- signada por una doble ve: velocidad y volatilidad.

La velocidad con que todo se propaga es la misma con la que todo pasa. Tal como sostiene Beck, en esta configuración, "«riesgo» no es sinónimo de «catástrofe»; es «anticipación de catástrofe», y la anticipación de la catástrofe cambia al mundo". No es necesario que el "futuro vaticinado" ocurra; que la catástrofe finalmente se haga presente. Con los efectos que sobre todos nosotros produce su

mera presunción, ya es suficiente como para alterar el devenir de las circunstancias y de nuestras vidas.

Con la quirúrgica ironía con que disecciona la realidad del país, el periodista Hugo Caligaris despedía 2008 con su tradicional columna dominical en este diario, sosteniendo que, a pesar de tan oscuros pronósticos y de haberse analizado al más alto nivel mundial la posibilidad de saltar el año 2009 pasando directamente a 2010, "todavía hay gente irresponsable que sólo piensa en disfrutar de la vida sin perder de ella ni un instante y sin tomar en cuenta sus altos y bajos. De modo que, amedrentado y todo, 2009 se presentará a cumplir con su contrato de doce meses, cuatro estaciones y 365 días, sin descontar ni un minuto".

¿Será 2009 un año tan terrorífico como hoy se vaticina, prácticamente con un consenso de orden planetario? Habrá que verlo. Quizás, al menos como una pobre herramienta defensiva para nuestras coronarias y nuestro espíritu, quepa recordar que fueron muy pocos los que no vaticinaron un año 2008 razonablemente tranquilo.

En la Conferencia de la FAO en Roma a finales de mayo de 2008, el gran problema del mundo era que Thomas Malthus tendría, a la postre, razón: era tan fuerte el crecimiento global que nos íbamos a quedar sin comida para todos. El petróleo costaría 200 dólares y los alimentos destinados a producir biocombustibles ya no estarían en los platos de millones de personas. A pesar de las herramientas, siempre los análisis son hechos por "sujetos". Como puede apreciarse, tienen, entonces, una inseparable cuota de subjetividad.

¿Cómo nos encuentra a los argentinos este, a priori, temible 2009 que acaba de comenzar? ¿Qué será de nosotros en medio de la tormenta planetaria que nos prometen que ya llega?

En la más reciente investigación que realizamos sobre finales de 2008, nos encontramos con una sociedad consciente del peligro, pero que, a la vez, procuraba mitigar su impacto. Contrariamente a lo que alguno pudiera interpretar como una irresponsabilidad característica de una sociedad inmadura que, no contenta con bailar, "se descontrola" en la cubierta del Titanic, se aprecia una experiencia que no ha sido en vano. Los argentinos sienten que lo que hoy está viviendo el mundo ya lo pasamos, y que, además, supimos salir de allí. Como soldados de mil batallas, esperamos, con un poco menos de ansiedad, a lo que sea que haya que darle pelea.

Nuestros sentidos están nuevamente "en guardia", pero no por eso modificamos nuestra cotidianidad más allá de lo que indican los hechos concretos y tangibles. Esta sociedad se ve a sí misma como mejor preparada para enfrentar tiempos difíciles que lo que estaba en 2001/2002 cuando, parafraseando a Sabina, "la habían dormido con cuentos de hadas". Ese despertar fue tan imprevisto como violento.

No opina lo mismo de quienes la gobiernan, y es éste su principal reclamo. Habiendo comprendido que el "que se vayan todos" era tan improbable como inconducente, hoy pide a gritos "que aparezca alguno". Habiéndole presentado un listado de 15 presidenciables para las elecciones de 2011 y pudiendo evaluar su preferencia en una escala de 1 a 10 puntos, ninguno sacó más de 5 puntos.

La gente percibe un vacío, no de poder como el que había en 2001, sino de representación. No se identifica plenamente aún con ninguno de los principales dirigentes políticos, ni del Gobierno ni de la oposición. Y demanda una visión, una cohesión, un consenso, un conjunto de acuerdos básicos, un sentido común, que verifica ausente.

De cara a la pronosticada tormenta, confían en la fuerza de sus brazos para remar, pero añoran un capitán que los guíe y los inspire para convencerlos de que no están a la deriva, de que llegarán a buen puerto. Mucho menos en el actual paradigma de la doble ve en que vivimos y que ya es una característica natural del siglo XXI: "velocidad y volatilidad".